



ESPIRITUALIDAD CRISTIANA DEL SIGLO I

La espiritualidad de los discípulos de Jesús involucraba todos los aspectos de la vida. Para comprender la espiritualidad bíblicamente, es necesario superar esa dicotomía que nos divide en dos segmentos: la parte espiritual, interior y ultramundana, y la parte material, exterior y mundana. Los términos bíblicos “carne” y “espíritu” no se refieren a dos dimensiones de nuestra vida, una exterior y otra interior, sino a dos maneras de vivir, dos orientaciones, dos estilos de vida. Ser “espiritual” es vivir todo aspecto de la vida inspirados y orientados por el Espíritu del Cristo vivo. Y ser carnal es orientarse por otro espíritu. La espiritualidad bíblica no consiste de una vida contemplativa en lugar de ser activa, ni de retiro en contraste con una participación en la sociedad. Es participar en todas las dimensiones de la vida orientados y animados por el Espíritu de Jesús.

La comunidad en que participaba la madre Teresa de Calcuta es un ejemplo de esta clase de espiritualidad. Tocar a los intocables era, para ella, tocar el cuerpo de Cristo. Y amar de esta manera desinteresada era orar. Uno no deja de orar para servir. Ni tampoco deja de servir para orar. La auténtica espiritualidad lo abarca todo¹. Esta también es la misma visión que hallamos reflejada en Mateo 25.

I. Hacia la Esencia de una Espiritualidad Cristiana

La cruz de Jesús es el modelo más claro de una espiritualidad auténticamente neotestamentario. Es, a la vez, signo de identificación absoluta con Dios y de solidaridad total con el mundo. En la cruz se refleja con más claridad el Espíritu de Jesús, y la espiritualidad que sus discípulos habrían de asumir.

La cruz es, a la vez, la oración intercesora más elocuente al Padre a favor del mundo, y la respuesta más enérgica y convincente de Dios a los poderes rebeldes del mal. Así que en la cruz de Jesús, y en la que asumimos sus seguidores, encontramos la quinta esencia de la espiritualidad bíblica.

La espiritualidad cristiana puede identificarse como el proceso de seguimiento de Jesucristo bajo el impulso del Espíritu y en el contexto de la comunidad mesiánica. Este proceso conduce a una creciente solidaridad con Jesucristo en que los cristianos nos identificamos con el vivir y el morir de Jesús. Este vivir y morir y resucitar del seguidor de Jesús es simbolizado en el bautismo en que somos iniciados en la espiritualidad cristiana (Rom. 6:4). Esta espiritualidad se caracteriza por el seguimiento concreto, dentro de nuestro propio contexto histórico, del Jesús de Nazaret de la historia. Este seguimiento es impulsado por el Espíritu de Jesús mismo, otorgado a sus seguidores.

II. Características Neotestamentarias de Espiritualidad

Las siguientes características que se desprenden de descripciones neotestamentarias de espiritualidad ofrecen pautas para evaluar la autenticidad de una espiritualidad particular.²

¹ Citado en David J. Bosch, *A Spirituality of the Road*, Scottdale, PA: Herald Press, 1979, pp. 12-13.

² Segundo Galilea, *El Camino de la Espiritualidad*, Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1982, pp. 41-44.

1) Una espiritualidad bíblica se basa en la promesa divina. El Dios de la Biblia es el que promete salvar a su pueblo, liberándolo de los poderes del mal. Ninguna realización histórica agota toda la promesa divina. Saludamos, con acciones de gracias, a todos los signos y los cambios que apuntan en la dirección del reino de Dios. Pero los cristianos hemos de permanecer inconformes con las expresiones históricas, pues aun esperamos el advenimiento definitivo del reino. Nuestro seguimiento de Jesús debe ser siempre un anticipo del reino que viene.

2) Esta espiritualidad también se expresa en la esperanza. Consiste en creer en aquello que parece ser imposible: la reconciliación de los seres humanos entre sí, y con Dios, en una familia caracterizada por la paz y la justicia. Por eso el gozo es característica fundamental de la comunidad mesiánica que confía más en el poder de Dios que en sus propias posibilidades. Esta esperanza gozosa le otorga a los discípulos de Jesús esa seguridad y confianza necesarias para vivir, contra la corriente, los valores propios del reino de Dios. En la economía de Dios no se echará a perder ningún esfuerzo que corresponde al “reino de Dios y su justicia” (Heb. 1:11ss; Rom. 5:4ss.).

3) Una espiritualidad evangélica implica solidaridad en el sufrimiento, en la muerte y la resurrección de Jesús. De la misma forma en que Jesús vivió y murió, “el justo por los injustos”, así también la salvación de los opresores vendrá mediante el sufrimiento de los oprimidos. Ha sido la experiencia del pueblo mesiánico que la salvación viene solo a través del sufrimiento vicario de Jesús. Pero aunque confesamos que la muerte y la resurrección de Jesús han sido únicas en su virtud salvífica, no son exclusivas. Y los discípulos de Jesús seguimos padeciendo “lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo” (Col. 1:24; et al.).

4) Según el Nuevo Testamento, la finalidad de la obra salvífica de Cristo es la restauración de la comunión entre la humanidad alienada y Dios. La restauración de relaciones fraternales en la familia de Dios requiere la transformación de hombres y mujeres egoístas en hermanos y hermanas caracterizados por el amor. Esta comunión se experimenta donde los bienes se comparten para el bienestar común y donde la autoridad se expresa en el servicio mutuo (Mt. 20:25-28; Hech. 2:43-45; 4:32-35). Tanto el ejemplo de Jesús, como el de la comunidad primitiva, señalan que la comunión auténtica se caracteriza por sus acercamientos radicalmente nuevos a las cuestiones del ejercicio del poder político y económico.

5) El amor caracteriza toda espiritualidad auténticamente bíblica. No solo es cuestión de “no hacer mal al prójimo”, sino de buscar su bien. Amar como Dios nos ha amado en Cristo implica ofrecer la vida por el hermano en formas concretas (1 Jn. 3:16-17). El “amor de Dios” es más que el amor que Dios tiene para con nosotros. También es más que el amor que debemos tener para con Dios. En el fondo es amar como Dios ama. Es estar dispuesto a jugar la vida por el prójimo, bien sea en un acto heroico y desprendido, o en el largo proceso de ir poniendo la vida poco a poco por él en las relaciones rutinarias de todos los días.

III. Una Espiritualidad Cristiana: Enraizada en el Dios de la Gracia

La espiritualidad cristiana está enraizada en el Dios de la gracia que Jesús ha revelado con toda claridad. Es a través del Jesús de la historia, y de su Espíritu, que mejor conocemos al Padre, pues Jesús “es la imagen del Dios invisible” (Col. 1:15). En lugar de especular sobre la naturaleza divina de Jesús, en base a lo que la teología sistemática tradicional nos ha dicho sobre los atributos de Dios, mejor sería proceder como la iglesia del primer siglo – conocer al Dios invisible mediante la vida que Jesús vivió delante de sus ojos.

El Dios de la auténtica espiritualidad cristiana es el que ha tomado la iniciativa en nuestra liberación. El nos amó primero. En realidad, Dios siempre ha sido así. El pueblo de Dios fue redimido de Egipto mediante la iniciativa misericordiosa de Dios. Algunas versiones protestantes sostienen que el Antiguo Testamento se caracteriza por ley y obras y que el Nuevo Pacto es de gracia y del evangelio. Pero en realidad, Israel fue salvado por la gracia y al pueblo del nuevo pacto se le invita también a vivir según la “ley de Cristo”.

Siempre ha sido la intención de Dios formar un pueblo a su imagen, que lleve su nombre. Y Jesús, no solo nos enseña cómo es Dios, sino que también es la perfecta imagen de lo que Dios siempre ha querido que la humanidad sea. Este proyecto de Dios que apunta a la restauración de la creación entera a su propósito prístino, culminará en el restablecimiento de su reinado de justicia y paz. La auténtica espiritualidad cristiana se identifica con este proyecto y participa en su proceso salvífico.

Los poderes del mal y los valores predominantes de nuestro mundo conspiran para deformar la imagen auténtica de Dios, tal como Jesús la ha revelado. Creamos ídolos que ocupan el lugar de Dios y a los cuales dedicamos nuestro tiempo y nuestras energías. Ellos exigen nuestra lealtad. Pero el Dios de Abraham, de Moisés y de los profetas es el que obra en la historia para liberar a su pueblo de estos falsos dioses y de las falsas lealtades esclavizantes de toda índole. Dios ha obrado muy especialmente a través de su Mesías, en quien este proceso de revelación progresiva llega a su culminación “Nadie conoce... al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Lc. 10:22). Este es un Dios verdaderamente diferente. Y solo una espiritualidad auténticamente bíblica será capaz de experimentarlo y comunicarlo sin tergiversaciones y sin deformaciones.

IV. Espiritualidad Cristiana: El Seguimiento de Jesús

Ya que Dios se nos ha revelado de forma única y plena en Jesús, entonces el modo de conocerlo es seguir a Jesucristo (Heb. 1:1-3). Hans Denck, el reformador radical del siglo XVI, decía que “nadie puede conocer en verdad a Jesús, a menos que le siga en la vida”, una convicción que muchos compartimos. Por esto el seguimiento concreto de Jesús es, sin duda, el elemento más fundamental de una auténtica espiritualidad cristiana.

Segundo Galilea lo ha expresado de esta manera. “La originalidad y la autenticidad de la espiritualidad cristiana consiste en que seguimos a un Dios que asumió la condición humana. Que tuvo una historia como la nuestra; que vivió nuestras experiencias; que hizo opciones; que se entregó a una causa por la cual sufrió; tuvo éxitos, alegrías y fracasos; por la cual entregó su vida. Ese hombre Jesús de Nazaret, igual a nosotros menos en el pecado, en el cual habitaba la plenitud de Dios, es modelo único de nuestra vida humana y cristiana.”³

Pero tradicionalmente, no se ha pensado así. Tanto la espiritualidad católica como la protestante ha tendido a concebir a Jesús como deidad a ser adorado, como sacrificio propiciatorio para aplacar la ira divina, y como juez que viene, pero raramente como Señor a ser seguido en la vida. Y esto ha contribuido a la formación de una espiritualidad interior, espiritualizada y ultramundana.

Según la visión neotestamentaria, las palabras, los hechos, los ideales y las exigencias de Jesús de Nazaret son el único camino para conocer a Dios (Jn. 14:5-11). Jesús nos revela al Dios verdadero, poderoso en su amor sufriente y compasivo. En Jesús descubrimos los valores del reino de Dios y un modelo de vida. No se trata de una imitación pormenorizada como, por ejemplo, calzar sandalias, trabajar de carpintero o permanecer célibe, sino de seguirle mediante una identificación con sus actitudes, su Espíritu, sus valores, su manera de ser y de hacer.

La espiritualidad cristiana tiene que ver muy especialmente con la forma en que tomamos las actitudes, el Espíritu, los hechos y las palabras concretas de Jesús para elaborar las formas concretas de nuestro seguimiento en la actualidad.

Uno de los mejores compendios de la espiritualidad del reino de Dios que Jesús inauguró la tenemos en las bienaventuranzas de Mateo 5. Son una síntesis del Sermón del Monte y de los valores espirituales que Jesús enseñó y encarnó.

Pero en la iglesia posterior se les asignó un carácter utópico a las enseñanzas del Sermón del Monte. Y sus valores fueron concebidos como “consejos de perfección”, aptos para aquellos que tomarían la vida cristiana realmente en serio, los religiosos, por ejemplo. Sin embargo, la iglesia primitiva las empleaba para la instrucción de nuevos discípulos, de modo que habrá esperado que estos valores caracterizaran la espiritualidad de todos los creyentes. Y la forma en que estos valores han influido sobre la espiritualidad reflejada a través de todo el Nuevo Testamento indicaría que no fueron vistas como ideales inalcanzables.

Por cierto, las bienaventuranzas son de carácter profético y siempre habrá tensión entre la espiritualidad reflejada en ellas y la vivencia y la comprensión de la iglesia. Estos valores chocan contra las inclinaciones humanas. Hay un elemento de escándalo en el evangelio con su concepto de misericordia y de perdón, de no violencia, de castidad y de pobreza espiritual. Siempre será así, porque son los valores que caracterizan el reino de Dios. Y se viven solo bajo el impulso del Espíritu del Rey.

³ Segundo Galilea, *El Camino de la Espiritualidad*, Buenos Aires: Ediciones Paulinas, 1982, p. 59.

Las bienaventuranzas resumen la dicha del reino. Son elementos fundamentales de la espiritualidad de la comunidad del Mesías. Presuponen la vivencia comunitaria del reino, más bien que esfuerzos heroicos particulares. Esta espiritualidad de bienaventuranza es una buena noticia en el sentido esencial del término “evangelio”. Las ocho bienaventuranzas en Mateo 5 describen la espiritualidad mesiánica de una forma global. No son meras virtudes espirituales aisladas ofrecidas a los discípulos para su elección según sus preferencias personales. Todas apuntan a esa espiritualidad integral que caracteriza el reino mesiánico.

1) La pobreza de espíritu es fundamental para toda espiritualidad cristiana. Se trata de la bienaventuranza de la condición espiritual de ser niño en la familia del Padre. Se trata de esa actitud de dependencia absoluta en Dios, tanto para su providencia como para su protección. Es esa relación de confianza íntima en Dios que Jesús mismo encarnó al llamarle “Abba” al Padre, y al enseñarles a sus discípulos a hacer lo mismo.

Pero los Evangelios no permiten una espiritualización de esta pobreza. Pues vivir en una dependencia radical de la providencia de Dios corta en su raíz todas esas actitudes y prácticas materialistas idolátricas. “Elegir ser pobres” (Nueva Biblia Española) en un mundo orientado en la dirección contraria implica asumir la solidaridad con Jesucristo y su espíritu de pobreza que él asumió concretamente en su misión en el mundo.

2) Vivir los valores del reino en medio del mundo será motivo de solidaridad en el dolor. Implicará una profunda “simpatía” (literalmente “sufrir con”) por los que sufren. Pero lo que es más fundamental todavía, implica asumir el sufrimiento a favor de los semejantes. El sufrimiento inocente y vicario es absolutamente céntrico para una espiritualidad auténticamente cristiana.

En los profetas ya se vislumbraba la virtud salvífica que se radicaba en el sufrimiento inocente asumido a favor de otros. Y en Jesús encontramos la máxima expresión de esta realidad. Nuestra identificación con Cristo y nuestra solidaridad con nuestros semejantes que sufren de todas esas complejas consecuencias del mal requieren que asumamos la cruz a favor del opresor, sabiendo, con la seguridad que nos imparte la resurrección de Cristo, que el sufrimiento inocente y vicario no se echará a perder en el proyecto salvífico de Dios.

3) La mansedumbre está íntimamente relacionada con pobreza de espíritu. Incluye la capacidad y la fortaleza para aguantar frente al mal sin ceder a sus reclamos. Es la capacidad para resistir tenazmente al mal, sin violentar al malhechor. Esta mansedumbre se fundamenta totalmente en la esperanza y la confianza en Dios. El manso es el que realmente cree que mal será vencido por el bien. Es renunciar a la venganza y todas las otras formas de violencia y prepotencia. Es saber luchar contra el mal con “manos limpias” y “corazón puro”. Es renunciar a la violencia en la lucha por la justicia. Lejos de ser una estrategia ineficaz, es realmente la estrategia de la cruz, encarnada en forma única por Jesús.

4) La justicia bíblica incluye relaciones sanas con Dios y entre los seres humanos en el contexto de un pueblo que depende de la actividad salvífica de Dios, tanto para su convivencia como para su supervivencia. La justicia abarca las relaciones humanas en todas sus dimensiones. Esta justicia depende de la fidelidad del Dios de la alianza y de la fidelidad recíproca de su comunidad en todas sus relaciones. Es bajo el reinado de Dios que esta justicia se experimenta. La espiritualidad auténticamente cristiana se expresa mediante nuestra participación en la actividad salvífica de Dios que conduce a condiciones de justicia entre los humanos. En esta comunidad de salvación los anhelos más ardientes de justicia serán saciados.

5) En el ejercicio de la misericordia nos asemejamos a Dios. La parábola del Samaritano nos ofrece un ejemplo concreto de una espiritualidad caracterizada por la misericordia. En el grado en que seamos capaces de mostrar la misericordia estaremos en condiciones de recibir la misericordia de Dios.

En los Evangelios, misericordia significa, en primer instancia, perdonar de corazón, de la misma manera en que Dios perdona (Mt. 18:35). Y segundo, ser misericordioso es ayudar al afligido y al menesteroso. Los límites de la misericordia no están en el que la ejerce, sino en la capacidad del semejante para recibirla. Lo que Jesús nos ha enseñado en relación con la misericordia subraya el hecho de que la espiritualidad cristiana se caracteriza por su disposición pródiga de perdonar.

6) La naturaleza de la pureza de corazón que caracteriza toda espiritualidad cristiana probablemente se comprende mejor a la luz del Salmo 24:3-6. “¿Quién subirá al monte de Jehová? ... El limpio de manos y puro de corazón; él que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño. El recibirá bendición de Jehová”.

La pureza de corazón tiene que ver con la integridad y la fidelidad. En la espiritualidad bíblica hay una estrecha relación entre la actitud interior (puro de corazón) y la práctica externa (limpio de manos). Contemplar, o conocer, a Dios es obedecerle y acompañarle en su actividad salvífica, sin lealtades divididas y sin acciones equívocas.

7) Los que trabajan por la paz son hijos de Dios muy especialmente en el sentido en que se asemejan a su Padre en su forma de actuar. El Dios de la Biblia es el que no se cansa en sus esfuerzos para restaurar las condiciones de shalom en toda su creación estropeada por el mal. La restauración de condiciones de paz y la reconciliación de los enemigos de Dios ocuparon la atención de Jesús, tanto durante su vida como en su muerte. Actividad encaminada a restaurar el shalom caracteriza toda espiritualidad genuinamente cristiana.

8) En el sufrimiento inocente del pueblo de Dios se sintetizan todas bienaventuranzas. La espiritualidad aquí reflejada va contra la corriente predominante, no solo en nuestro tiempo, sino en todas las épocas de la historia. La persecución por causa de la justicia era la suerte esperada de los profetas. Fue la experiencia de Jesús. Será siempre la suerte de la comunidad de Cristo en cuanto sea fiel en el cumplimiento de la misión de su Señor. Bíblicamente el testimonio incluye el martirio (testimonio – *marturía*). Y cuando recordamos que hay más mártires en nuestra época que en cualquier otra época anterior, nos damos cuenta de la actualidad, no solo de esta bienaventuranza, sino de todas para una espiritualidad cristiana para nuestro tiempo, sobre todo en América Latina. Las fuerzas de muerte que son contrarias a Dios y que se oponen a su proyecto de vida, caracterizado por la paz y la justicia y la salvación, hacen que la espiritualidad del pueblo de Dios sea contra corriente.

La espiritualidad de las bienaventuranzas no es un ideal inalcanzable. Refleja con notable realismo el Espíritu y los hechos y las palabras de Jesús de Nazaret. Son los valores que caracterizaban en gran parte la vida de la comunidad mesiánica del primer siglo. El seguimiento de Jesús no es un ejercicio puramente espiritual en el sentido de ser interior e invisible. Es un discipulado concreto que se expresa en las actitudes y las acciones incluidas entre las bienaventuranzas.

V. Espiritualidad Cristiana: Vivir en el Espíritu de Jesucristo

Luego de su muerte y resurrección, Jesús otorgó su Espíritu a sus discípulos. De modo que desde entonces, Jesucristo sigue presente en su Cuerpo, mediante su Espíritu. El Espíritu Santo, presente en la iglesia, es el mismo Espíritu con que Jesús fue ungido para su misión mesiánica. Así que, la espiritualidad cristiana no consiste sólo en seguir a Jesús (que es el Camino), sino también en vivir la vida de Cristo (que es la Vida), mediante su Espíritu.

Una espiritualidad cristiana auténtica es trinitaria. Es una vida de absoluta dependencia del Padre, orientada mediante el seguimiento de Jesús, y vivida bajo el impulso y la inspiración de su Espíritu.

El Antiguo Testamento presenta al Espíritu de Dios como fuente de vida y también como el que sostiene la vida de su pueblo. Y en el Nuevo Testamento también, la actividad del Espíritu es experimentada en términos de la creación de nueva vida y el sostén continuo de esa vida.

En el Evangelio de Juan se señala que Jesucristo ha reemplazado al establecimiento judaico, con sus instituciones. La participación en el reino de Dios, restaurado en el Mesías, requiere la transformación aún de lo mejor que ofrecía el judaísmo del primer siglo, el fariseísmo, representado por Nicodemo. Ser transformado por el Espíritu de Cristo es “nacer de arriba”. La creación de una nueva humanidad inspirada por el Espíritu de Dios era aspecto fundamental de la esperanza profética para la restauración mesiánica (Ezeq. 36:25-28). Efectivamente, la vida que corresponde al “siglo venidero” (vida eterna) llegó a ser una realidad mediante el Espíritu que Jesús otorgó a sus seguidores.

El Espíritu, la presencia continuada de Cristo, sigue sosteniendo la vida del pueblo de Dios. Una de las principales funciones del Espíritu sería la de clarificar para la comunidad las palabras de Jesús a fin de facilitar un seguimiento obediente (Jn. 14:26). También inspira la profecía en su medio, a fin de discernir el futuro y determinar los rumbos correspondientes (Jn. 16:13). Pero muy especialmente, capacita a la iglesia para dar testimonio (*marturía*) fiel. Fortalecer a la iglesia para su testimonio de sufrimiento y martirio estaría entre las funciones del Espíritu en su continuación del testimonio de Cristo en el mundo (Jn. 15:26-27; 16:1-4; cf. Mt. 10:10; Mc. 13:11; Lc. 12:11-12; 21:12-15).

En el Espíritu Santo la presencia y la obra salvífica de Jesucristo son continuadas a través de la iglesia en medio de la humanidad. La obra del Espíritu abarca toda la gama de la obra salvífica de Jesús. Incluye la creación de una comunidad que lleva la imagen de su Señor. Inspira a la comunidad en su obediencia fiel a las palabras de su Señor. Inspira a la comunidad en su obediencia fiel a las palabras de su Señor. Fortalece a los discípulos de Cristo a fin de poder ofrecer fielmente su testimonio en el mundo. Y finalmente, guía a la iglesia a glorificar a Cristo concretamente en su vida y hasta en el sufrimiento por su causa.

Esparcidas a través de las Epístolas hallamos una serie de frases que reflejan la visión neotestamentaria de esta nueva espiritualidad cristiana. Son “andar en el Espíritu”, “ser guiados por el Espíritu”, “vivir en el Espíritu”, “ocuparse del Espíritu”, “ser morada del Espíritu”, “manifestar el fruto del Espíritu”, “ser llenos del Espíritu”, etc. Los principales textos son Gálatas 5:16-6:10 y Romanos 8:1-30).

Vivir según el Espíritu de Cristo es tomar a Jesús como modelo, pues el Espíritu que inspira e impulsa nuestra espiritualidad es el Espíritu de Jesús. Es lo contrario de “vivir según la carne”. Aquí espíritu y carne no son dos aspectos contrapuestas de la naturaleza humana, sino dos esferas en que encontramos nuestra existencia. Una es la esfera orientada por el Espíritu de Jesús y la otra es la esfera de la oposición contra Dios y sus propósitos salvíficos.

En Gálatas 5:19-23 aparecen dos listas que caracterizan los contrastes entre la esfera del Espíritu y la de la carne. Son representativas de una serie de listas similares que encontramos esparcidas por las Epístolas (Col. 3:5-15; Ef. 4:2-3; 5:3-5; 1 Cor. 6:9-11; 2 Cor. 6:4-6). Los vicios que aparecen en estas listas probablemente reflejan las áreas donde el conflicto entre las dos esferas arreciaba más en la sociedad grecorromana del primer siglo. Por otra parte, las virtudes, o fruto del Espíritu, son todos aspectos que caracterizaban a Jesús y se necesitaban subrayar para fortalecer la espiritualidad de la comunidad cristiana. Aparentemente en las iglesias neotestamentarias se empleaban listas como éstas para la instrucción de nuevos miembros que ingresaban al cuerpo de Cristo.

Todos los elementos en estas listas de virtudes describen concretamente la forma que tomaba la espiritualidad de las comunidades mesiánicas. Reflejan la firme convicción en la iglesia primitiva de que la vida y los valores del reino que el Mesías encarnó y enseñó seguirían formando la espiritualidad de la comunidad bajo el impulso del Espíritu del Cristo resucitado. Y los que instruían a los catecúmenos en el camino del reino no se cansaban de invitarlos a acompañarlos en su seguimiento de Jesús, andando bajo el impulso de su Espíritu.

“Andar en el Espíritu” significa continuar en la nueva comunidad del Espíritu la vida propia del reino de Dios restaurado por el Mesías. Jesús mismo ha sido el ejemplo más claro de una vida caracterizada por el fruto del Espíritu. Y como la comunidad primitiva lo comprendía muy bien, un papel fundamental del Espíritu en la comunidad era asegurar la continuación concreta de la vida de Jesús mediante su fructificación en la espiritualidad del cuerpo de Cristo.

VI. Espiritualidad Cristiana: Alimentada y Compartida en la Comunidad

La espiritualidad cristiana es esencialmente una experiencia comunitaria. El Espíritu de Cristo está presente y actúa principalmente en, y a través, de su Cuerpo. Una espiritualidad netamente individualista y privada carece de fundamento bíblico y no tendrá futuro. Pues pronto se degenerará en una ideología, o en una mera ética. Pero una espiritualidad auténticamente cristiana, que se expresa en términos de vida según el Espíritu de Cristo, encontrará su fuente de alimentación en la comunidad del Espíritu: la Iglesia.

La santidad bíblica es una realidad corporativa. La Biblia desconoce el concepto del santo solitario e puramente individual. Cuando el término es empleado para referirse a personas, casi sin excepción aparece en su forma plural. La expresión “los santos” es sinónima de la Iglesia. Tan solamente en la comunión del pueblo de Dios es posible ser santos como Dios es santo (1 Ped. 1:16). El individualismo que caracteriza a la sociedad occidental moderna ha distorsionado la óptica a través de la cual enfocamos la vida de los grandes hombres y mujeres de Dios de otras épocas. En lugar de ser los gigantes espirituales solitarios que nos imaginamos, eran hombres y mujeres de la iglesia. Su espiritualidad era nutrida por las fuentes que Dios provee en, y a través de, la comunidad mesiánica.

El seguimiento de Jesús solo puede hacerse con autenticidad en la comunidad de los seguidores de Jesús. Seguir a Jesús es participar con hermanos y hermanas del Camino. Esta es una de las primeras metáforas con que la comunidad primitiva en el Nuevo Testamento empezó a comprender su identidad corporativa. Unas nueve veces en los Hechos de los Apóstoles se refiere a la comunidad mesiánica como “el Camino” (9:2; 16:17; 18:26; 19:9,23; 22:4; 24:14,22). Y si sumamos las muchas ocasiones en los Evangelios en que el término es empleado en forma metafórica para referirse a las relaciones entre Jesús y la comunidad de sus discípulos, además de las alusiones metafóricas en las Epístolas, estamos en presencia de una imagen sumamente importante para comprender el carácter esencial de la iglesia.

En realidad, la metáfora del éxodo/camino juega un papel fundamental en la comprensión bíblica de la historia de la salvación, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Y no sería una exageración decir que la espiritualidad del pueblo de Dios es fundamentalmente una espiritualidad del “Camino”.

La vocación de Abraham en Génesis 12 era, en un sentido concreto, un éxodo. Consistía de un llamado a seguirle a Yahveh en su camino. Pero más que una mera mudanza geográfica, se trataba de toda una nueva espiritualidad. “Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio” (Gen. 18:19).

La liberación de Israel de Egipto era, por cierto, un éxodo en el sentido literal, al igual que metafórico. Con su brazo poderoso Yahveh redimió a su pueblo, liberándolo de Egipto. Esta liberación no fue meramente de las condiciones esclavizantes en Egipto, sino de Egipto mismo. El conflicto era entre Yahveh, Dios de este pueblo oprimido, y Faraón, señor de Egipto y encarnación de su dios. La vida para la cual Israel fue liberado de Egipto también consistía en una espiritualidad del “Camino”.

Posteriormente, el profeta veía, en la vuelta del pueblo de Dios del exilio, un nuevo éxodo (Is. 40:1-11). El éxodo anterior servía de paradigma para esta nueva acción liberadora de Yahveh. Los presos saldrían libres y de los pobres Yahveh tendría misericordia (Is. 49:8-13). El camino de salvación consistía de nuevo en la restauración de auténtica espiritualidad.

Y en los Evangelios la restauración mesiánica es descrita también como un nuevo éxodo. Abundan referencias al éxodo. Jesús, el nuevo Moisés, da una nueva ley de parte de Dios, sobre una nueva montaña, para el nuevo pueblo de Dios (Mt. 5-7). Incluso la muerte de Jesús, que vino como la culminación de toda una vida dedicada a la liberación de la humanidad esclavizada, se describe en términos de un nuevo “éxodo” (Lc. 9:31). Y la metáfora más clara para describir la espiritualidad de la nueva comunidad mesiánica que participa en todo este proceso salvífico es la del seguimiento de Jesús por su “camino”.

Así que, la espiritualidad del pueblo de Dios a través de toda su historia se caracteriza por su participación con Dios en Su Camino. Es camino de liberación de todos los poderes malignos que esclavizan. Es un camino que no solo conduce a la Vida, sino que es el camino en que ya experimentamos la Vida. Es en este camino que conocemos y reconocemos al Dios de nuestra salvación (Dt. 8:2-6). Conocer a Dios, bíblicamente, es experimentarlo en relaciones concretas. Le conocemos en la medida en que le seguimos obedientemente en su camino. El pueblo de Dios, según la visión bíblica, son “los del Camino”. La espiritualidad de “los del Camino” encuentra su fuente, su prototipo, y su dinámica en el Jesús a quien siguen.

VII. Espiritualidad Cristiana: Encarnada en Misión

El amor de Dios para la humanidad ha tomado forma concreta en la misión de Jesús en el mundo. Hemos reconocido este amor más claramente, no solo en la forma en que Jesús ha vivido, sino también en la forma en que él ha jugado la vida por los demás, muy especialmente por los marginados, los alienados y los enemigos de Dios. Y en esta misma forma el amor de Dios se ha de encarnar en su comunidad (1 Jn. 3:16-17). Esta es precisamente la forma concreta en que somos llamados a “ser imitadores de Dios como hijos” que somos (Ef. 5:1-2). De esta manera Pablo imitaba a Jesús, y esperaba que otros le imitaran a él (1 Cor. 11:1; 4:16; Fil. 3:17).

La espiritualidad del pueblo de Dios se encarna en toda dimensión de la vida. La imitación de Dios, el seguimiento de Jesús y la vivencia en el Espíritu en la comunidad han de realizarse en nuestra historia personal y colectiva. El Señor sigue haciéndose presente en el mundo en su Cuerpo, la Iglesia. La espiritualidad de la comunidad no es solamente edificante, sino esencialmente misionera. La misma espiritualidad que contribuye a la edificación plena del cuerpo de Cristo, es también aspecto fundamental de su testimonio en el mundo.

La espiritualidad misionera de la iglesia en el mundo consiste esencialmente en el seguimiento de Jesús. Jesús es el modelo único para la misión de la iglesia. El llamado de Jesús al discipulado es un llamado a participar con él en la misión que el Padre le ha encomendado. Seguir a Jesús, el “enviado del Padre”, es encarnar su espiritualidad en la misma misión.

La misión de los Doce se describe brevemente en Mateo 10. Sin embargo, no es solamente la misión de los Doce que está a la vista en este texto. El pasaje refleja, en realidad, la espiritualidad misional que caracterizaba a la comunidad primitiva en que Mateo participaba. La vida entera, pero muy especialmente el sufrimiento y la muerte de Jesús, provee los ingredientes para la espiritualidad de la comunidad mateana. Y esta espiritualidad se encarnaba en su participación en esta misión: “el discípulo no es más que su Maestro, ni el siervo más que su Señor” (Mt. 10:24).

La espiritualidad auténticamente cristiana es la que se encarna en la misma misión de Cristo. Por eso, en su sentido más profundo, es una espiritualidad de la cruz. “El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida la perderá y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (Mt. 10:38-39).